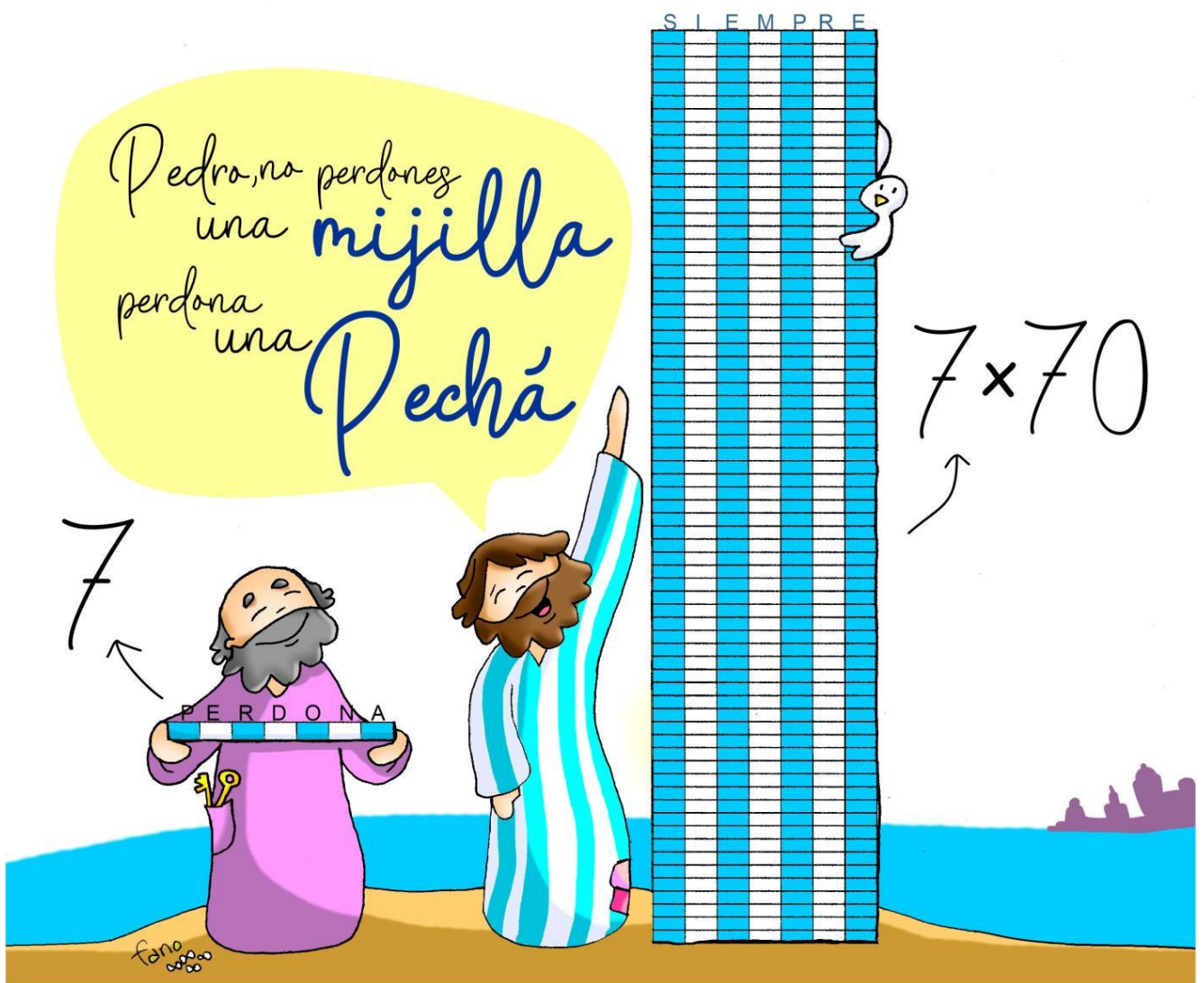




LECTIO DIVINA

XXIV semana del tiempo ordinario
Del 17 al 23 de septiembre de 2023



“Tú perdona mucho.
Dios perdona siempre”

Oración introductoria

Señor, concédeme entrar en tu Corazón y aprender ahí la dinámica del verdadero perdón.

Petición

Señor, que sepa perdonar sinceramente cualquier ofensa que reciba en este día.

Lectura del libro del Eclesiástico (Eclo 27, 30 - 28, 7)

Rencor e ira también son detestables, el pecador lo posee. El vengativo sufrirá la venganza del Señor, que llevará cuenta exacta de sus pecados. Perdona la ofensa a tu prójimo y, cuando reces, tus pecados te serán perdonados. Si un ser humano alimenta la ira contra otro, ¿cómo puede esperar la curación del Señor? Si no se compadece de su semejante, ¿cómo pide perdón por sus propios pecados? Si él, simple mortal, guarda rencor, ¿quién perdonará sus pecados? Piensa en tu final, y deja de odiar, acuérdate de la corrupción y de la muerte y corrupción, y sé fiel a los mandamientos. Acuérdate de los mandamientos, y no guardes rencor a tu prójimo; acuérdate de la alianza del Altísimo y pasa por alto la ofensa.

Salmo (Sal 102, 1-2. 3-4. 9-10. 11-12)

El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia.

Bendice, alma mía, al Señor, y todo mi ser a su santo nombre.
Bendice, alma mía, al Señor, y no olvides sus beneficios. R.

Él perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades; él rescata tu vida de la fosa, y te colma de gracia y de ternura. R.

No está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados ni nos paga según nuestras culpas.
R.

Como se levanta el cielo sobre la tierra, se levanta su bondad sobre los que lo temen; como dista el oriente del ocaso, así aleja de nosotros nuestros delitos. R.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos (Rom. 14, 7-9)

Hermanos: Ninguno de nosotros vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; si morimos, morimos para el Señor; así que, ya vivamos ya muramos, somos del Señor. Pues para esto murió y resucitó Cristo: para ser Señor de muertos y vivos.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 18, 21-35)

En aquel tiempo, acercándose Pedro a Jesús le preguntó: «Señor, si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?» Jesús le contesta: «No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. Por esto, se parece el reino de los cielos a un rey que quiso ajustar las cuentas con sus criados. Al empezar a ajustarlas, le presentaron uno que debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, el señor mandó que lo vendieran a él

con su mujer y sus hijos y todas sus posesiones, y que pagara así. El criado, arrojándose a sus pies, le suplicaba diciendo: “Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo”. Se compadeció el señor de aquel criado y lo dejó marchar, perdonándole la deuda. Pero, al salir, el criado aquel encontró a uno de sus compañeros que le debía cien denarios y, agarrándolo, lo estrangulaba, diciendo: “Págame lo que me debes”. El compañero, arrojándose a sus pies, le rogaba, diciendo: “Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré”. Pero él se negó y fue y lo metió en la cárcel hasta que pagara lo que debía. Sus compañeros, al ver lo ocurrido, quedaron consternados y fueron a contarle a su señor todo lo sucedido. Entonces el señor lo llamó y le dijo: “¡Siervo malvado! Toda aquella deuda te la perdoné porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener compasión de tu compañero, como yo tuve compasión de ti?” Y el señor, indignado, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial, si cada cual no perdona de corazón a su hermano».

Releemos el evangelio

San Juan Pablo II (1920-2005)

papa

Encíclica «Dives in misericordia» cp. 7, §14 (trad. © Libreria Editrice Vaticana)

«¿No deberías, a tu vuelta, tener compasión de tu hermano?»

La Iglesia debe considerar como uno de sus deberes principales - en cada etapa de la historia y especialmente en la edad contemporánea- el de proclamar e introducir en la vida el misterio de la misericordia, revelado en sumo grado en Cristo Jesús. Este misterio, no sólo para la misma Iglesia en cuanto comunidad de creyentes, sino también en cierto sentido para todos los hombres, es fuente de una vida diversa de la que el hombre, expuesto a las fuerzas prepotentes de la triple concupiscencia que obran en él, está

en condiciones de construir. Precisamente en nombre de este misterio Cristo nos enseña a perdonar siempre. ¡Cuántas veces repetimos las palabras de la oración que El mismo nos enseñó, pidiendo: «perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores» (Mt 6,12), es decir, a aquellos que son culpables de algo respecto a nosotros!

Es en verdad difícil expresar el valor profundo de la actitud que tales palabras trazan e inculcan. ¡Cuántas cosas dicen estas palabras a todo hombre acerca de su semejante y también acerca de sí mismo! La conciencia de ser deudores unos de otros va pareja con la llamada a la solidaridad fraterna que san Pablo ha expresado en la invitación concisa a soportarnos «mutuamente con amor» (Ep 4,2). ¡Qué lección de humildad se encierra aquí respecto del hombre, del prójimo y de sí mismo a la vez! ¡Qué escuela de buena voluntad para la convivencia de cada día, en las diversas condiciones de nuestra existencia!

Palabras del Santo Padre Francisco

«El perdón renueva, el perdón hace milagros. Pedro experimentó el perdón de Jesús y llegó a ser pastor de su rebaño; Saulo se convirtió en Pablo después de haber sido perdonado por Esteban; cada uno de nosotros renace como una criatura nueva cuando, perdonado por el Padre, ama a sus hermanos. Solo entonces introducimos en el mundo una verdadera novedad, porque no hay mayor novedad que el perdón, este perdón que cambia el mal en bien. Lo vemos en la historia cristiana. Perdonarnos entre nosotros, redescubrirnos hermanos después de siglos de controversias y laceraciones, cuánto bien nos ha hecho y sigue haciéndonos. El Padre es feliz cuando nos amamos y perdonamos de corazón (cf. Mt 18,35). Y entonces nos da su Espíritu. Pidamos esta gracia: no encerrarnos con un corazón endurecido,

reclamando siempre a los demás, sino dar el primer paso, en la oración, en el encuentro fraterno, en la caridad concreta». *(Homilía S.S. Francisco, 21 de junio de 2018)*

Meditación

Apenas hace un mes meditábamos sobre este pasaje evangélico. En esa ocasión nos enfocamos en el reto que el perdón representa. Ahora, debemos dar un paso atrás para entender cómo es que funciona el perdón al que Jesús nos invita. En definitiva, no es una iniciativa nuestra; es decir, no somos nosotros los creadores del perdón. Ante todo, somos receptores. ¿Cómo?

Jesús mismo da la clave en otro momento, cuando reflexiona sobre la mujer que lo enjuga con sus cabellos. Mucho se le ha perdonado porque mucho ha amado. Aquí encontramos los dos elementos de la dinámica que estamos discerniendo: el amor y el perdón. Y así como primero debemos ser amados para aprender a su vez a amar, del mismo modo hemos de ser perdonados primero para saber perdonar después. De este modo, también es válido invertir las palabras de Jesús: mucho se le ha amado porque mucho ha perdonado.

Si perdonar al otro es difícil, más complejo es dejarse perdonar, especialmente cuando se trata de nuestra relación con Dios. Sólo el hijo es capaz de experimentar realmente el amor de su padre. Sólo el hijo que se sabe amado es capaz de acoger verdaderamente el perdón de su padre. Si nuestro corazón alberga rencor, es que no ha perdonado; si no ha perdonado, es que no ha amado.

Por eso es que el perdón es una actitud y una decisión netamente cristianas. Siempre implicarán valentía, pero si perseveramos en ellas, nuestros actos se convertirán en ofrenda

agradable a Dios. Entonces, aventurémonos dentro del Corazón de Cristo y aprendamos ahí a ser perdonados para poder perdonar.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre.

Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra.

LUNES, 18 DE SEPTIEMBRE DE 2023
«Fe para servir»

Oración introductoria

Jesús mío, quiero compartir contigo este rato de intimidad. Quiero encontrarme contigo y poder conocerte un poco más. Te entrego mis manos, mis ojos, mis pies, mi boca, mi pensamiento, todo mi ser, para que seas Tú mi dueño y Señor. Confío en Ti porque nunca me fallas.

Quiero amarte más, Jesús, pero necesito de tu gracia, pues sin ella nada puedo, nada soy. Aumenta mi fe para descubrirte en los acontecimientos de mi vida, en mis hermanos, en mi interior, en la naturaleza, en la Eucaristía. Ayúdame, Señor, y jamás me dejes solo.

Petición

Señor, no soy digno de postrarme en tu presencia, “pero una palabra tuya bastará para sanarme”.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 2, 1-8)

Querido hermano: Ruego, lo primero de todo, que se hagan súplicas, oraciones, peticiones, acciones de gracias, por toda la humanidad, por los reyes y por todos los constituidos en autoridad, para que podamos llevar un vida tranquila y sosegada, con toda piedad y respeto. Esto es bueno y agradable a los ojos de Dios, nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Pues Dios es uno, y único también el mediador entre Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, que se entregó en rescate por todos: este es un testimonio dado a su debido tiempo y para el que fui constituido heraldo y apóstol - digo la verdad, no miento -, maestro de las naciones en la fe y en la verdad. Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, alzando unas manos limpias, sin ira ni divisiones.

Salmo (Sal 27, 2. 7. 8-9)

Bendito el Señor, que escuchó mi voz suplicante.

Escucha mi voz suplicante cuando te pido auxilio, cuando alzo las manos hacia tu santuario. R.

El Señor es mi fuerza y mi escudo: en él confía mi corazón; me socorrió, y mi corazón se alegra y le canta agradecido. R.

El Señor es fuerza para su pueblo, apoyo y salvación para su Ungido. Salva a tu pueblo y bendice tu heredad, sé su pastor y llévalos siempre. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7, 1-10)

En aquel tiempo, cuando Jesús terminó de exponer todas sus enseñanzas al pueblo, entró en Cafarnaún. Un centurión tenía enfermo, a punto de morir, a un criado a quien estimaba mucho. Al oír hablar de Jesús, el centurión le envió unos ancianos de los judíos, rogándole que viniese a curar a su criado. Ellos, presentándose a Jesús, le rogaban encarecidamente: «Merece que se lo concedas, porque tiene afecto a nuestro pueblo y nos ha construido la sinagoga». Jesús se puso en camino con ellos. No estaba lejos de la casa, cuando el centurión le envió unos amigos a decirle: «Señor, no te molestes; no soy yo quién para que entres bajo mi techo; por eso tampoco me creí digno de venir personalmente. Dilo de palabra, y mi criado quedará sano. Porque también yo soy un hombre sometido a una autoridad y con soldados a mis órdenes; y le digo a uno: “Ve”, y va; al otro: “Ven”, y viene; y a mi criado: “Haz esto”, y lo hace». Al oír esto, Jesús se admiró de él y, volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: «Os digo que ni en Israel he encontrado tanta fe». Y al volver a casa, los enviados encontraron al siervo sano.

Releemos el evangelio

Basilio de Seleucia (¿-c. 468)

obispo

Homilía sobre el centurión; PG 85, 235s

«Di, tan sólo, una palabra»

Señor, mi criado está en cama, paralítico, y sufre mucho. Si bien es un esclavo, no por ello, es menos hombre este que sufre. No

mires la bajeza del esclavo, sino la gran gravedad de su mal». Así hablaba el centurión; y ¿qué que dice la Bondad suprema?: «Yo vengo y le curaré. Yo que, preocupado por los hombres, me he hecho hombre, he venido por todos, y no voy a despreciar a ninguno. Yo le curaré» Por la rapidez de su respuesta, Cristo aguijonea la fe: «Señor, no soy digno de que entres en mi casa.» ¿Te fijas en cómo el Señor, igual que un cazador, ha hecho salir la fe que estaba escondida en lo secreto de su interior? «Di, tan sólo, una palabra y mi servidor será curado de su mal, liberado de la servidumbre de su enfermedad. Porque yo, que estoy sometido a unos superiores, tengo soldados bajo mis órdenes, i digo a uno: ‘Ves’, y va, a otro: ‘Ven’, y viene. Es así que he conocido la fuerza de tu poder. Es a partir de lo que tengo, que he reconocido a aquel que me sobrepasa. Veo los ejércitos de curaciones, veo las tropas de milagros esperando tus órdenes. Envíalas contra la enfermedad, envíalas como yo envío a un soldado.»

Y Jesús, admirado, dijo: No he encontrado una fe tan grande en Israel. El que era un extranjero, un no-llamado, que no formaba parte del pueblo de la alianza, que no participó de los milagros que hizo Moisés, que no había sido iniciado en sus leyes, que no había conocido las palabras de los profetas, por su fe ha adelantado a los otros.»

Palabras del Santo Padre Francisco

«En el relato se dice que era muy querido por su dueño y que estaba enfermo, pero no se sabe cuál era su grave enfermedad. De alguna manera, podemos reconocernos también nosotros en ese siervo. Cada uno de nosotros es muy querido por Dios, amado y elegido por él, y está llamado a servir, pero tiene sobre todo necesidad de ser sanado interiormente. Para ser capaces del servicio, se necesita la salud del corazón: un corazón restaurado por Dios,

que se sienta perdonado y no sea ni cerrado ni duro. Nos hará bien rezar con confianza cada día por esto, pedir que seamos sanados por Jesús, asemejarnos a él, que “no nos llama más siervos, sino amigos”». (*Homilía de S.S. Francisco, 29 de mayo de 2016*).

Meditación

La fe es una virtud rica para meditar. Es la fe la que te mueve, Jesús, en muchas ocasiones a actuar. Ella es una virtud que conmueve tu corazón, que te impulsa a no dejar sin acción la petición de los que la tienen.

La fe es un don y una decisión. Ella se recibe de ti, pero también implica mi esfuerzo, mi trabajo. El centurión cree que Tú puedes curar a su siervo, pero también actúa conforme a esto que cree. La fe va más allá de una creencia, de una herencia familiar, de una superstición. Ella es abandono en tus manos, es entrega, es donación, es acción. La fe es un acto, es el adherir mi voluntad a la tuya, y esto implica esfuerzo. Creer no siempre sale espontáneo sino que requiere de cierta conciencia. Pero sin olvidar jamás que la fe, y la puesta en acción de esta fe, es siempre don tuyo.

Fe es la virtud teologal que me permite descubrirte en todos los momentos y situaciones de mi vida: en los buenos y en los malos, en los que me agradan y en los que no. Me ayuda a verte en la naturaleza, en mis hermanos, en mi trabajo. La fe me capacita a recibir todo de ti como un don de tu amor. Creer me ayuda a confiar, y creer y confiar en alguien es amarlo.

Dame, Señor, una fe, no como la del centurión, sino una fe de acuerdo a lo que soy, a lo que vivo, a lo que tengo, a cómo y dónde me desenvuelvo. Una fe que me impulse a vivir según tus planes.

Oración final

Para mis pies antorcha es tu palabra, Señor!
¿Cómo puede un joven su camino?
En cuanto a tu palabra.
Con todo mi corazón yo te busco:
no dejes que me apartan de tus mandatos.

MARTES, 19 DE SEPTIEMBRE DE 2023
«No llores»

Oración introductoria

Jesús, fuente de vida y de amor, haz que en cada momento de este día sea un auténtico testigo de tu amor y servicio a los demás. Que ese testimonio anime a otras personas a vivir el amor.

Petición

Jesús, quiero ser como Tú, compasivo con los demás; permite que nunca sea indiferente a sus necesidades.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 3, 1-13)

Querido hermano: Es palabra digna de crédito que, si alguno aspira al episcopado, desea una noble tara. Pues conviene que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, sensato, ordenado, hospitalario, hábil para enseñar, no dado al vino ni amigo de reyertas, sino comprensivo; que no sea agresivo ni amigo

del dinero; que gobierne bien su propia casa y se haga obedecer de sus hijos con todo respeto. Pues si uno no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la Iglesia de Dios? Que no sea alguien recién convertido a la fe, por si se le sube a la cabeza y es condenado lo mismo que el diablo. Conviene además que tenga buena fama entre los de fuera, para que no caiga en descrédito ni en el lazo del diablo. En cuanto a los diáconos, sean asimismo respetables, sin doble lenguaje, no aficionados al mucho vino ni dados a negocios sucios; que guarden el misterio de la fe revelada con la conciencia pura. Tienen que ser probados primero y, cuando se vea que son intachables, que ejerzan el ministerio. Las mujeres, igualmente, que sean respetables, no calumniadoras, sobrias, fieles en todo. Los diáconos sean maridos de una sola mujer, que gobiernen bien a sus hijos y sus propias casas. Porque quienes ejercen bien el ministerio logran buena reputación y mucha confianza en lo referente a la fe que se funda en Cristo Jesús.

Salmo (Sal 100, 1-2ab. 2cd-3ab. 5. 6)

Andaré con rectitud de corazón.

Voy a cantar la bondad y la justicia, para ti es mi música, Señor; voy a explicar el camino perfecto: ¿cuándo vendrás a mí? R.

Andaré con rectitud de corazón dentro de mi casa; no pondré mis ojos en intenciones viles. Aborrezco al que obra mal. R.

Al que en secreto difama a su prójimo lo haré callar; ojos engreídos, corazones arrogantes, no los soportaré. R.

Pongo mis ojos en los que son leales, ellos vivirán conmigo; el que sigue un camino perfecto, ese me servirá. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7, 11-17)

En aquel tiempo, iba Jesús camino de una ciudad llamada Naín, y caminaban con él sus discípulos y mucho gentío. Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, resultó que sacaban a enterrar a un muerto, hijo único de su madre, que era viuda; y un gentío considerable de la ciudad la acompañaba. Al verla el Señor, le dio lástima y le dijo: «No llores». Y acercándose al ataúd, lo tocó (los que lo llevaban se pararon) y dijo: «¡Muchacho, a ti te lo digo, levántate!». El muerto se incorporó y empezó a hablar, y se lo entregó a su madre. Todos, sobrecogidos de temor, daban gloria a Dios, diciendo: «Un gran Profeta ha surgido entre nosotros», y «Dios ha visitado a su pueblo». Este hecho se divulgó por toda Judea y por toda la comarca circundante.

Releemos el evangelio

San Agustín (354-430)

obispo de Hipona (África del Norte), doctor de la Iglesia

Sermón 98

"Joven, yo te lo ordeno, levántate"

En el evangelio, el Señor realizó tres resurrecciones de forma visible y millares de forma invisible... Resucitó a la hija del jefe de la sinagoga (Mc 5,22s) ..., al hijo de la viuda de Naim y a Lázaro (Jn 11) ... Estas tres clases de muertos corresponden a tres clases de pecadores a los que Cristo resucita también hoy. La hija del jefe de la sinagoga se hallaba muerta dentro de casa... El joven ya no estaba en casa, pero tampoco aún en el sepulcro...; Lázaro había sido sepultado ...

Hay, pues, personas que tienen el pecado dentro en su corazón, aún no convertido en obra... Ya consintió en su corazón.

Tiene el muerto en su interior; aún no lo ha sacado fuera. Y como acontece, conforme a lo que a diario experimentan en sí las personas, a veces, después de oír la palabra de Dios, como si el Señor le dijese: “Levántate”, se condena el haber consentido al pecado y se anhela la salud y la justicia... Hay otros que, después de haber consentido, pasan a la acción; es el caso paralelo a quienes sacan fuera al muerto, para que aparezca a las claras lo que permanecía oculto. ¿Acaso han perdido ya la esperanza estos que pasaron a la acción? ¿No se dijo también al joven: A ti te lo digo, levántate? ¿No fue devuelto también él a su madre? Luego, igualmente, quien cometió una acción pecaminosa, si amonestado y tocado por la palabra de la verdad, se levanta obedeciendo a la palabra de Cristo, vuelve a la vida. Pudo avanzar en el pecado, pero no perecer para siempre.

A su vez, quienes a fuerza de obrar mal se ven envueltos en la mala costumbre, de forma que la mala costumbre misma no les deja ver que es un mal, se convierten en defensores de sus malas acciones, se enfurecen cuando se les reprende... Estos, oprimidos por tan malvada costumbre, están como sepultados... El peñasco colocado sobre el sepulcro es la fuerza opresora de la costumbre que oprime al alma y no la deja ni levantarse ni respirar...

Oigamos, pues, amadísimos, estas cosas de forma que quienes están vivos sigan viviendo y quienes se hallan muertos recobren la vida... Arrepiéntanse los que resultan muertos... Por tanto, los que tienen vida, manténganla; los que se hallen muertos hagan lo posible para resucitar.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Viéndola, el señor fue preso de una gran compasión por ella. La compasión es un sentimiento que fascina, es un sentimiento del

corazón, de las vísceras, compromete todo. No es lo mismo que decir ¡qué pena, pobre gente! La compasión implica “ir con”. Alguno podría objetar: Pero si tienes toda una multitud aquí, ¿por qué no hablas a la multitud? Déjalo... la vida es así... hay tragedias que suceden, ocurren... No. Para Jesús eran más importantes aquella viuda y aquel huérfano muerto que la multitud a la que estaba hablando y que lo seguía. El Señor, con su compasión, se había implicado en este caso. Tuvo compasión. Hay una segunda palabra a notar: Jesús se acercó. La compasión lo empujó a acercarse. Acercarse es una señal de compasión. Yo puedo ver tantas cosas, pero no acercarme. Igual siento un dolor... pobre gente... Y sin embargo acercarse es otra cosa. El Evangelio añade un detalle: Jesús dijo no llores» a la mujer. A mí me gusta pensar que el Señor, cuando decía esto a aquella mujer, la acariciaba; Él tocó a la mujer y tocó el ataúd. Es necesario acercarse y tocar la realidad. Tocar. No mirarla desde lejos». *(Homilía de S.S. Francisco, 19 de abril de 2018, en santa Marta).*

Meditación

El Señor nos da una muestra de su humanidad, nos demuestra que también Él se conmueve. Otras traducciones, más que lástima, dicen que Jesús se compadeció de la mujer, no se quedó indiferente al sufrimiento que tenía. Jesús sabía la situación de aquella mujer, sabía perfectamente que ése era el único hijo de su ya difunto esposo, conocía la desgracia a la que estaba atada esta pobre mujer; ya no tenía esperanza. Jesús es quien se acerca a darle la fuerza y a devolverle la alegría.

El texto en latín traduciría que se movió de compasión por ella, tuvo misericordia de ella, desde el interior de su corazón. Dios mismo sale a comprobar, a vivir, a sufrir, a padecer y a gozar con

nosotros; no es un Dios extraño que está a la expectativa de cualquier error que cometamos para castigarnos.

Dios es un Padre, un padre que se hace hombre para entendernos, para acompañarnos, para ser nuestro hermano en las fatigas, en las luchas, en los fracasos. Dios conoce y sabe perfectamente por qué lloro, qué pérdida he tenido. Todos y cada uno deberíamos ver que Dios está con nosotros, Él es quien cada mañana nos dice con una sonrisa: no llores.

¿Qué cosas aquejan mi corazón? ¿Cómo es que Jesús me dice hoy que no llore?

Oración final

Servid a Yahvé con alegría,
llegaos a él con júbilo!
Sabed que Yahvé es Dios,
él nos ha hecho y suyos somos,
su pueblo y el rebaño de sus pastos. (Sal 100,2-3)

MIÉRCOLES, 20 DE SEPTIEMBRE DE 2023
SANTOS ANDRÉS KIM TAEGON Y COMPAÑEROS MÁRTIRES (MO)
Nadie se salva sólo

Oración introductoria

Ayúdame, Señor, en este rato de oración a lograr ese silencio interior que tanto necesito para escuchar tu voz.

Petición

Señor, ayúdame a tener un encuentro personal y decisivo contigo en esta oración, que cambie todo mi día

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 3, 14-16)

Querido hermano: Aunque espero estar pronto, contigo, te escribo esto estas cosas por si tardo, para que sepas cómo conviene conducirse en la casa de Dios, que es la Iglesia del Dios vivo, columna y fundamento de la verdad. En verdad es grande el misterio de la piedad, el cual fue manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, mostrado a los ángeles, proclamado en las naciones, creído en el mundo, recibido en la gloria.

Salmo (Sal 110, 1-2. 3-4. 5-6)

Grandes son las obras del Señor.

Doy gracias al Señor de todo corazón, en compañía de los rectos, en la asamblea. Grandes son las obras del Señor, dignas de estudio para los que las aman. R.

Esplendor y belleza son su obra, su justicia dura por siempre. Ha hecho maravillas memorables, el Señor es piadoso y clemente. R.

Él da alimento a los que lo temen recordando siempre su alianza. Mostró a su pueblo la fuerza de su obrar, dándoles la heredad de los gentiles. R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 7, 31-35)

En aquel tiempo, dijo el Señor: «¿A quién, pues, compararé los hombres de esta generación? ¿A quién son semejantes? Se asemejan a unos niños, sentados en la plaza, que gritan a otros aquello de: “Hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos entonado lamentaciones y no habéis llorado” Porque vino Juan el Bautista, que ni come pan ni bebe vino, y decís: “Tiene un demonio; vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: “Mirad qué hombre más comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”. Sin embargo, todos los hijos de la sabiduría le han dado la razón».

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Morales sobre Job, XIII (SC 212, Morales sur Job, Cerf, 1974), trad. sc@evangelizo.org

Háganse insensatos para ser realmente sabios ante Dios

“¡Vengan todos ustedes, vengan otra vez: no encontraré un solo sabio entre ustedes!” (Jb 17,10). ¿Por qué llamar a la sabiduría y, sin embargo, desear no encontrar sabios [los amigos de Job]? Porque no pueden llegar a la verdadera sabiduría de los hombres, engañados por la suficiencia de su falsa sabiduría. De ellos fue escrito: “¡Ay de los que se tienen por sabios y se creen muy inteligentes!” (Is 5,21). También de ellos se dice: “No presuman de sabios” (Rom 12,16; cf. Prov 3,7).

Por eso, si el gran predicador Pablo encontraba sabios según la carne, les pedía adquirir la verdadera sabiduría, empezando por vivir la locura “Si alguno de ustedes se tiene por sabio en este mundo, que se haga insensato para ser realmente sabio” (1Cor 3,18).

La Verdad dice de ella misma “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños” (Mt 11,25).

Así como los que son sabios ante ellos mismos, no pueden llegar a la verdadera sabiduría, el bienaventurado Job, que desea la conversión de los que los escuchan, desearía no encontrar entre ellos uno que se cree sabio. Deben aprender a devenir insensatos, para poder ser verdaderamente sabios ante Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús, con un poco de ironía les dice: Pero vosotros sois como esos niños sentados en la plaza que dicen a los demás: “os hemos tocado la flauta y no habéis bailado, hemos cantado un lamento y no os habéis golpeado el pecho”. Pero ¿nada os parece bien? Solamente la rigidez de las ideas y el “siempre se ha hecho así”. Esta es la ortodoxia de esta gente que cierra el corazón a las novedades de Dios, al Espíritu Santo. Esta gente no sabe discernir las señales de los tiempos. Quieren una Iglesia, querían eso, una sinagoga, una Iglesia cerrada rígida, no abierta a las novedades de Dios. En cambio, el otro comportamiento, el de los discípulos, de los apóstoles, es un comportamiento de libertad, la libertad de los hijos de Dios. Por lo tanto, tienen resistencias al inicio. Pero esto no solo es humano, es una garantía de que no se dejen engañar por cualquier cosa y después con la oración y el discernimiento encuentran el camino. Porque siempre habrá resistencias al Espíritu Santo, siempre, hasta el fin del mundo.» *(Homilía de S.S. Francisco, 24 de abril de 2018 en santa Marta).*

Meditación

Siempre he deseado ver tu rostro, pero es probable que muchas veces te has cruzado conmigo y no te he reconocido. ¿Qué he de hacer para reconocerte ahora? Posiblemente necesito estar en silencio. Me puedo proponer alejarme del ruido externo a mí, cuando aún es más difícil el callar por dentro. Sí, para saber que para caminar en las circunstancias de mi vida es necesario el silencio, ahí donde llego a escuchar los latidos de un corazón vivo. Al verte, al reconocerte, ya sea en la Eucaristía, un ser querido o amigo, pueda sentirme tan cerca de Ti que contagie una alegría, alegría que convoca e invita a ser mejores personas.

Nadie se salva solo; entendiendo estas palabras puedo darle un sentido a la comunidad. Siempre voy a necesitar de Ti y bien lo sabes, para eso enviaste a Juan el Bautista, pero lo mataron. ¿A quién envías a mi vida? Sí, a mi familia, a los sacerdotes y religiosos, a las personas de buena voluntad. En ellos puedo encontrar tu rostro.

También, puedo ser un mensajero de tu palabra para tantas personas necesitadas. En el mundo millones de personas sufren y hoy es más evidente el sufrimiento en la sociedad. Tal vez, con mi actitud, obras, pensamientos, palabras, puedo consolar un poco más a la humanidad.

Oración final

¡Feliz la nación cuyo Dios es Yahvé,
el pueblo que escogió para sí como heredad!
Yahvé observa de lo alto del cielo,
ve a todos los seres humanos. (Sal 33,12-13)

JUEVES, 21 DE SEPTIEMBRE DE 2023
SAN MATEO, APÓSTOL Y EVANGELISTA (F)
«Reconócete Pecador»

Oración introductoria

Señor, gracias por un nuevo día más, me pongo en tus manos con la confianza de que sin ti tengo mi seguridad total; y pongo todo en tus manos confiando en que Tú me mostrarás el mejor camino para mi vida. Aumenta mi amor y enséñame amarte en los demás.

Petición

Señor, ayúdame a ser reflejo de tu misericordia y de tu bondad.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef. 4, 1-7. 11-13)

Hermanos: Yo, el prisionero por el Señor, os ruego que andéis como pide la vocación a la que habéis sido convocados. Sed siempre humildes y amables, sed comprensivos, sobre llevaos mutuamente con amor; esforzaos en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz. Un solo cuerpo y un solo Espíritu, como una sola es la esperanza de la vocación a la que habéis sido convocados. Un Señor, una fe, un bautismo. Un Dios, Padre de todo, que está sobre todos, actúa por medio de todos y ésta en todos. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo. Y él ha constituido a unos, apóstoles, a otros, profetas, a otros, evangelizadores, a otros, pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio, y para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que lleguemos todos a la

unidad en la fe y en el conocimiento del Hijo de Dios, al Hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud.

Salmo (Sal 18, 2-3. 4-5)

A toda la tierra alcanza su pregón.

El cielo proclama la gloria de Dios, el firmamento pregona la obra de sus manos: el día al día le pasa el mensaje, la noche a la noche se lo susurra. R.

Sin que hablen, sin que pronuncien, sin que resuene su voz, a toda la tierra alcanza su pregón y hasta los límites del orbe su lenguaje. R

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 9, 9-13)

En aquel tiempo, al pasar vio Jesús a un hombre llamado Mateo sentado al mostrador de los impuestos, y le dijo: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Y estando en la casa, sentado en la mesa, muchos publicanos y pecadores, que habían acudido, se sentaban con Jesús y sus discípulos. Los fariseos, al verlo, preguntaron a los discípulos: «¿Cómo es que vuestro maestro come con publicanos y pecadores?». Jesús lo oyó y dijo: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. Andad, aprended lo que significa “Misericordia quiero y no sacrificio”: que no he venido a llamar a justos, sino a los pecadores».

Releemos el evangelio

San Juan Casiano (c. 360-435)

fundador de la Abadía de Marsella

Conferencias, La castidad, XII-XIII (SC 54, Conférences VIII-XVII, Cerf, 1958),

trad. sc@evangelizo.org

¡Qué prodigio ver publicanos transformados en apóstoles!

Las bondades de Dios son realmente grandes, maravillosas y profundamente desconocidas a los hombres, salvo si han hecho la experiencia. Mismo si algunos de ellos permanecen en la corrupción, el Señor se da a sus fieles con inefable entrega. (...) Todos se asombrarán ante las obras de Dios y gritarán desde el fondo de su corazón “El Señor es grande” (Sal 134,5), al verse ellos mismo, o a otros, pasar de la extrema avaricia a la liberalidad, de abusos a una vida de abstinencia, del orgullo a la humildad (...). El alma del profeta, y los que se le parecen, descubren las divinas maravillas realmente con asombro, en una contemplación plena de milagros.

¡Qué gran prodigio ver, en poco tiempo, los publicanos avaros devenir apóstoles, los perseguidores acérrimos cambiar en predicadores del Evangelio prontos a todo soportar y propagar la fe al precio de su sangre. Tales son las divinas obras que el Hijo testimonia cumplir cada día, unido a su Padre “Mi Padre trabaja siempre, y yo también trabajo” (Jn 5,17). Tales son las obras de Dios que el bienaventurado David canta en el Espíritu “Bendito sea el Señor, Dios de Israel, el único que hace maravillas” (Sal 72,18) y “Yo recuerdo las proezas del Señor” (Sal 77,11). De ellas habla el profeta Amós “El que hace las Pléyades y el Orión, el que cambia las tinieblas en aurora y la luz del día en oscuridad, el que convoca a las aguas del mar y las derrama sobre la tierra, se llama “el Señor” (Am 5,8). A él se dirige esta oración “¡Sé fuerte, Dios, tú que has actuado por nosotros!” (Sal 67,29).

Ese es el gran milagro de Dios. Un hombre de carne ha rechazado la inclinación carnal en diversas circunstancias, durante muchos ataques, y guarda su alma con la misma disposición, permaneciendo inmóvil en medio del flujo incesante de los acontecimientos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Nos conmueve la actitud de Jesús: no escuchamos palabras de desprecio, no escuchamos palabras de condena, sino sólo palabras de amor, de misericordia, que invitan a la conversión». *(S.S. Francisco, Ángelus del Papa Francisco del 17 de marzo de 2013).*

Meditación

Puede suceder que, en ocasiones nos veamos a nosotros mismos y nos demos un poco de vergüenza porque nos vemos indignos de Dios, pues somos pecadores y creemos que nadie puede ser más pecador que nosotros. Al vernos de esa manera optamos por alejarnos de Dios, de la oración, de su cercanía, porque “no somos dignos”. Y es cierto, nunca seremos dignos de Dios, pero a Él no le importa eso, Él quiere que, a pesar de nuestro pecado y miseria, nos acerquemos a Él y Él quiere estar con nosotros.

Ante nuestro pecado y nuestra miseria hay dos actitudes: una es deprimirse por la miseria propia y por lo tanto alejarnos de Dios, y otra es reconocerse pecador, pero sin desanimarse, presentarse así ante Dios para que sea Él quien nos vaya transformando, para que Él nos muestre su misericordia y nos perdone y así nos demos cuenta de que somos pecadores e indignos de Dios, pero por su misericordia y amor nos hace dignos de su amor.

No hay que tener miedo de presentarnos como lo que somos antes Dios, Él conoce nuestra miseria, debilidad y pecado, y quiere sanarnos con su amor y misericordia para que vivamos con Él.

Oración final

Señor, dichosos los que guardan sus preceptos, los que lo buscan de todo corazón; los que, sin cometer iniquidad, andan por sus caminos. (Sal 119,2-3)

VIERNES, 22 DE SEPTIEMBRE DE 2023
«Compadecerse de los demás»

Oración introductoria

Señor, mándame tu luz. Quiero, hoy, descubrir tu voluntad. Quiero renovar el deseo de entrega total a ti. No quiero hacer mi propia voluntad. Sé que es dura tu palabra, que me pides radicalidad. Por eso, además de pedirte tu luz, te pido que me des tu fuerza. Dame un corazón que no se desanime ante las dificultades, sino que confíe en ti.

Petición

Jesucristo, concédeme llenarme tanto de ti que pueda llevarte a todas las personas con las que me encuentre

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 6,2c-12)

Querido hermano: Esto es lo que tienes que enseñar y recomendar. Si alguno enseña otra doctrina y no se aviene a las palabras sanas de nuestro Señor Jesucristo y a la doctrina que es conforme a la piedad, es un orgulloso y un ignorante, que padece la enfermedad de plantear cuestiones y discusiones sobre palabras; de ahí salen envidias, polémicas, blasfemias, malévolas suspicacias, altercado interminables de hombres corrompidos en la mente y privados de la verdad, que piensan que la piedad es un medio de lucro. La piedad es ciertamente una gran ganancia para quien se contenta con lo suficiente. Pues nada hemos traído al mundo, como tampoco podemos llevarnos nada de él. Teniendo alimentos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto. Los que quieren enriquecerse sucumben a la tentación, se enredan en un lazo y son presa de muchos deseos absurdos y nocivos, que hundan a los hombres en la ruina y en la perdición. Porque el amor al dinero la codicia es la raíz de todos los males, y algunos, arrastrados por él, se han apartado de la fe y se han acarreado muchos sufrimientos. Tú, en cambio, hombre de Dios, huye de estas cosas. Busca la justicia, la piedad, la fe, el amor, la paciencia, la mansedumbre. Combate el buen combate de la fe, conquista la vida eterna, a la que fuiste llamado, y que tú profesaste noblemente delante de muchos testigos.

Salmo (Sal 48, 6-8. 9-10. 17-18. 19-20)

Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

¿Por qué habré de temer los días aciagos, cuando me cerquen y acechen los malvados, que confían en su opulencia y se jactan de sus

inmensas riquezas, si nadie puede salvarse ni dar a Dios un rescate?
R.

Es tan caro el rescate de la vida, que nunca les bastará para vivir perpetuamente sin bajar a la fosa. R. No te preocupes si se enriquece un hombre y aumenta el fasto de su casa: cuando muera, no se llevará nada, su fasto no bajará con él. R.

Aunque en vida se felicitaba: «Ponderan lo bien que lo pasas», irá a reunirse con la generación de sus padres, que no verán nunca la luz.
R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 8, 1-3)

En aquel tiempo, Jesús iba caminando de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, proclamando y anunciando la Buena Noticia del reino de Dios, acompañado por los Doce, y por algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malos y de enfermedades: María la Magdalena, de la que habían salido siete demonios; Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes; Susana y otras muchas que les servían con sus bienes.

Releemos el evangelio

San Gregorio Magno (c. 540-604)

papa y doctor de la Iglesia

Morales sobre Job, XIV (SC 212, Morales sur Job, Cerf, 1974), trad. sc@evangelizo.org

“Acompañaban a Jesús los Doce
y también algunas mujeres” (Lc 8,1-2)

“Los huesos se me pegan a la piel y se me desprenden los dientes de las encías” (Job 19,20). Los huesos designan la fuerza del

cuerpo, la carne su debilidad. Ya que Cristo e Iglesia son uno, ¿qué representan los huesos? ¿El Señor o la carne? Representan a los discípulos, que a la hora de la pasión sólo conocieron una sabiduría de débiles. La piel, que es exterior a la carne y permanece sobre el cuerpo, ¿qué representa sino a las santas mujeres que, prontas para una asistencia corporal, servían al Señor en las labores exteriores?

Cuando los discípulos, sin embargo, débiles todavía, predicaban a los pueblos la fe en la verdad, ellos eran como la carne pegada a los huesos. Cuando las santas mujeres preparaban lo que le era exteriormente necesario, eran como la piel que permanece exteriormente sobre el cuerpo. Pero cuando llega la hora de la cruz, un pesado miedo ha invadido sucesivamente a sus discípulos ante la persecución. Las mujeres permanecieron allí. Así estando su carne como consumida, los huesos del Señor permanecieron pegados a su piel. Porque ante la huida de los discípulos en el momento de su pasión, su fuerza la encontró en las mujeres, junto a él. (...) Las mujeres no tuvieron miedo, no huyeron y, la Escritura lo testimonia, permanecieron a su lado aún en el sepulcro.

El Señor puede decir “Los huesos se me pegan a la piel”. Los que debían estar estrechamente unidos a mí, como mi fuerza, fueron consumidos por el miedo en el momento de mi pasión. Las que estaban encargadas de servicios externos, las he encontrado sin miedo, fielmente unidas a mí en el momento de mi pasión.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Esta inclusividad hace que esté siempre a la mano de todos el “misericordiar”, el compadecerse del que sufre, conmoverse ante el necesitado, indignarse, que se revuelvan las tripas ante una injusticia patente y ponerse inmediatamente a hacer algo concreto, con respeto y ternura, para remediar la situación. Y, partiendo de este

sentimiento visceral, está al alcance de todos mirar a Dios desde la perspectiva de este atributo primero y último con el que Jesús lo ha querido revelar para nosotros: el nombre de Dios es Misericordia». *(Meditación de S.S. Francisco, 2 de junio de 2016).*

Meditación

Las almas necesitan un mensaje de alegría, un testimonio. El corazón humano necesita tu palabra que es espíritu y vida. El mundo tiene sed de ti, de tu misericordia, de tu amor. Quiere contemplar la belleza. El hombre tiene deseo de algo más. No le basta vivir aquí sin sentido, sino que en su corazón lleva el deseo de plenitud. Y sólo Tú, Jesús, puedes saciar esa sed. Sólo Tú puedes dar el sentido a la vida.

Y, ¿quién va a llevar tu mensaje a los hombres? Quien sino yo puedo llevarlo. Tómame y llévame a aquellas personas que más te necesiten. Y no te pido que me lleves a un lugar recóndito. Te pido que me des luz en mi día cotidiano para ver la necesidad que mi prójimo tiene de ti. Pienso en el familiar que está pasando por un momento difícil en su matrimonio. O pienso en aquel pobre que no ve sentido a su sufrimiento. Pienso en tantas personas que sufren y que necesitan una palabra, un gesto de tu amor.

A esos lugares quiero ir. A veces la misión está más cerca de lo que creo. Las necesidades me salen al encuentro y yo, muchas veces, permanezco indiferente. Cuántas veces, Señor, no me dice nada el sufrimiento de los demás. Por eso te pido que me des un corazón como el tuyo. Un corazón que sepa ver más allá. Un corazón que no se quede en las apariencias. Sino que como Tú, cuando recorrías Galilea o Judea, sepa compadecerme de los demás. Y sepa salir al encuentro de los necesitados, de los sedientos, de los hambrientos.

Oración final

Sondéame, oh Dios, conoce mi corazón,
examíname, conoce mis desvelos.

Que mi camino no acabe mal, guíame
por el camino eterno. (Sal 139,23-24)

SÁBADO, 23 DE SEPTIEMBRE DE 2023
SAN PÍO DE PIETRELCINA, PRESBITERO (MO)
¡Que crezca la semilla!

Oración introductoria

Señor Jesús, iven a mi corazón! Abre mi mente, abre mis labios,
abre mi corazón. Mi boca quiere proclamar tu alabanza y anunciar
tu nombre en toda la faz de la tierra.

Petición

Jesús, concédeme saber escucharte y ser dócil al camino que
hoy quieres que siga, muy unido a Ti para poder dar muchos frutos.

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a Timoteo (1 Tim. 6, 13-16)

Querido hermano: Delante de Dios, que da vida a todas las cosas, y
de Cristo Jesús, que proclamó tan noble profesión de fe ante Poncio
Pilato, te ordeno que guardes el mandamiento sin mancha ni
reproche hasta la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, que, en
el tiempo apropiado, mostrará el bienaventurado y único Soberano,

Rey de los reyes y Señor de los señores, el único que posee la inmortalidad, que habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. A él honor e imperio eterno. Amén.

Salmo (Sal 99, 2. 3. 4. 5)

Entrad en la presencia del Señor con vítores.

Aclama al Señor, tierra entera, servid al Señor con alegría, entrad en su presencia con vítores. R.

Sabed que el Señor es Dios: que él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño. R.

Entrad por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre. R.

«El Señor es bueno, su misericordia es eterna, su fidelidad por todas las edades». R.

Lectura del santo Evangelio según san Lucas (Lc. 8, 4-15)

En aquel tiempo, habiéndose reunido una gran muchedumbre y gente que salía de toda la ciudad, dijo Jesús en parábola: «Salió el sembrador a sembrar su semilla. Al sembrarla, algo cayó al borde del camino, lo pisaron, y los pájaros se lo comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso y, después de brotar, se secó por falta de humedad. Otra parte cayó entre abrojos, y los abrojos, creciendo al mismo tiempo, la ahogaron. Y otra parte cayó en tierra buena y, después de brotar, dio fruto al ciento por uno». Dicho esto, exclamó: «El que tenga oídos para oír, que oiga». Entonces le preguntaron los discípulos qué significaba esa parábola. Él dijo: «A vosotros se os ha otorgado conocer los misterios del reino de Dios;

pero a los demás, en parábolas,” para que viendo no vean y oyendo no entiendan”. El sentido de la parábola es este: la semilla es la palabra de Dios. Los del borde del camino son los que escuchan, pero luego viene el diablo y se lleva la palabra de sus corazones, para que no crean y se salven. Los del terreno pedregoso son los que, al oír, reciben la palabra con alegría, pero no tienen raíz; son los que por algún tiempo creen, pero en el momento de la prueba fallan. Lo que cayó entre abrojos son los que han oído, pero, dejándose llevar por los afanes y riquezas y placeres de la vida, se quedan sofocados y no llegan a dar fruto maduro. Lo de la tierra buena son los que escuchan la palabra con un corazón noble y generoso, la guardan y dan fruto con perseverancia».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Sermones sobre san Mateo, n° 44; PG 57, 467*

«El que tenga oídos para oír, que oiga»

Si la semilla se seca no es a causa del calor. Jesús no dijo que se secó a causa del calor, sino porque «no tiene raíz». Si la palabra es ahogada no es por las zarzas sino por culpa de los que han dejado que crezca libremente. Con la voluntad tú puedes evitar que crezcan y hacer de la riqueza un uso conveniente. Por eso el Salvador no habla del «mundo» sino de los «afanes», no de la «riqueza» sino de la «seducción de las riquezas». No acusemos pues a las cosas en sí mismas, sino de la corrupción de nuestra conciencia...

Tú mismo ves que la causa de todo no es el sembrador, ni la semilla, sino la tierra que la recibe, es decir, las disposiciones de nuestro corazón. También ahí la bondad de Dios para con el hombre es inmensa puesto que, en lugar de exigir una misma

medida de virtud, acoge a los primeros, no rechaza a los segundos y da un lugar a los terceros...

Es preciso, pues, primero escuchar con atención la Palabra, después guardarla fielmente en la memoria, después ser valiente, después despreciar las riquezas y liberarse del amor a todos los bienes del mundo. Si Jesús pide en primer lugar y antes que todas las demás condiciones poner toda la atención en la Palabra, es que ésta es la condición necesaria. «¿Cómo creerán si antes no la han oído?» (Rm, 10,14). También nosotros, si no estamos atentos a lo que se nos dice, no sabremos cuales son los deberes que debemos cumplir. Tan sólo después llegan la valentía y el desprecio de los bienes del mundo. Si queremos sacar provecho de estas lecciones, seamos fuertes de todas maneras. Estemos atentos a la Palabra, hagamos que nuestras raíces crezcan en profundidad y desembaracémonos de todas las preocupaciones mundanas.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La parábola del sembrador es un poco la “madre” de todas las parábolas, porque habla de la escucha de la Palabra. Nos recuerda que la Palabra de Dios es una semilla que en sí misma es fecunda y eficaz; y Dios la esparce por todos lados con generosidad, sin importar el desperdicio. ¡Así es el corazón de Dios! Cada uno de nosotros es un terreno sobre el que cae la semilla de la Palabra, ¡sin excluir a nadie! La Palabra es dada a cada uno de nosotros. Podemos preguntarnos: yo, ¿qué tipo de terreno soy? ¿Me parezco al camino, al pedregal, al arbusto? Pero, si queremos, podemos convertirnos en terreno bueno, labrado y cultivado con cuidado, para hacer madurar la semilla de la Palabra. Está ya presente en nuestro corazón, pero hacerla fructificar depende de nosotros, depende de la acogida que reservamos a esta semilla. A menudo estamos distraídos por demasiados intereses, por demasiados reclamos, y es

difícil distinguir, entre tantas voces y tantas palabras, la del Señor, la única que hace libre. Por esto es importante acostumbrarse a escuchar la Palabra de Dios, a leerla. Y vuelvo, una vez más, a ese consejo: llevad siempre con vosotros un pequeño Evangelio, una edición de bolsillo del Evangelio, en el bolsillo, en el bolso... Y así, leed cada día un fragmento, para que estéis acostumbrados a leer la Palabra de Dios, y entender bien cuál es la semilla que Dios te ofrece, y pensar con qué tierra la recibo». (*Palabras previas al Angelus de S.S. Francisco, 12 de julio de 2020*).

Meditación

Cada uno de nosotros tiene una relación personal con Jesús. Y la forma en que nos relacionamos con Él es única para cada uno de nosotros. De hecho, cada uno de nosotros tenemos una manera propia en la que nos dirigimos a Dios. Cuando me pongo de rodillas frente al sagrario, me dirijo a Jesús como “*Señor*”. También, cuando hago reverencia al crucifijo, le digo: “Jesús, en ti confío”, como aquellas palabras que aparecen en la imagen de Jesús de la Misericordia.

Seguramente, tú también te diriges a Él con una expresión similar, como por ejemplo “Dios mío” o simplemente “Jesús”. En realidad, esto no es tan importante. Lo verdaderamente importante es que tengamos una relación cada vez más cercana con Dios, que experimentemos cuánto nos ama. Y en el Evangelio de hoy, nos encontramos con una pregunta que demuestra cómo era la relación de sus discípulos con Él. Ellos le preguntan: «¿Qué significa esta parábola?» (Lc 8,9)

Esta pregunta, aunque parece insignificante es el motivo por el que Jesús nos explica la parábola. Es una pregunta que demuestra cuánta confianza le tenían sus discípulos. Parece que sus discípulos,

eran tan cercanos a Él que no tenían miedo de hacerle una pregunta tan simple. Es más, esta pregunta nos ayuda a descubrir más claramente el corazón de Cristo, el cual es como el de un sembrador que lanza la semilla en cualquier lugar. ¡Sí! Él lanza la semilla, y lo único que necesita de nosotros es que removamos todo lo que estorbe para que pueda crecer esa semilla que, recordemos, es Él quien la siembra.

Oración final

Señor, explicando tus proezas a los hombres,
el esplendor y la gloria de tu reinado.
Tu reinado es un reinado por los siglos,
tu gobierno, de edad en edad. (Sal 145,12-13)